

como una invasión injustificada y que se reclamaban los esfuerzos para una guerra de independencia. La animosidad antiespañola creció después del manifiesto y, aunque el gobierno quiso ampararlos, se cometieron atropellos contra los residentes en México, en Puebla y en otras partes de la República. Es necesario decir también que muchos de los residentes españoles no mantenían una actitud prudente y que en algunos casos manifestaban ansias de reconquista. Había en muchos de ellos el pensamiento de que las tropas españolas en suelo mexicano no representaban otra cosa que cerrar el paréntesis de independencia abierto en 1821.

Queda expuesto el primer resultado de la belicosidad de Serrano. El segundo fué la unanimidad patriótica en torno del gobierno: antiguos jefes conservadores, que habían tomado parte en la contienda civil en contra de Juárez, se ofrecían ahora al gobierno con un entusiasmo nacionalista que era muy digno de tenerse en cuenta por los gobiernos europeos, siempre en pos de lo imprevisto y del sueño irrealizable.

Las primeras consecuencias de la precipitación del general Serrano no podían ser más desalentadoras para la triple alianza.

permanencia de las fuerzas de mar y tierra en aquel país y sus costas..." Esta orden era contestación a un despacho del general Prim en el que comunicaba al gobierno español su llegada a La Habana, despacho fechado el 27 de diciembre de 1861. El día 16 había llegado a Puerto Rico. Prim se enteraba pues de las intenciones francesas apenas llegado al Nuevo Mundo. (Archivo de la Embajada de España en México).

PRIM EN MEXICO

El 17 de noviembre de 1861 recibía Prim las instrucciones del gobierno de la reina para dirigir la expedición a México. En el documento ¹ se hacía constar que ninguna ambición territorial impulsaba a España a realizarla, y que no había propósito alguno de inmiscuirse en la vida política del país. "En él verá usted —se lee en la real orden— que renunciando a toda adquisición de territorio en prueba de su desinterés, y comprometiéndose a no intervenir en los asuntos interiores de aquel país, a quien se deja en entera libertad de elegir la forma de gobierno que le convenga, España, Francia e Inglaterra se proponen concertar sus esfuerzos únicamente para dar a sus súbditos respectivos la protección que necesitan contra las arbitrariedades de las autoridades mexicanas, obligándolas a que respeten los compromisos internacionales contraídos". He aquí la base principal de la futura actitud de Prim, porque —aunque en el documento se aprecian una marcada tendencia a la belicosidad, la previsión de una guerra e incluso una particular manera de interpretar el convenio de Londres— el párrafo transcrito es suficiente para que Prim pueda obrar, no a su manera, sino guardando una de las cláusulas principales del tratado.

No falta, sin embargo, en el mismo documento el aspecto contradictorio, la contrapartida en que se vislum-

¹ Publicado por Emeterio S. SANTOVENIA en *Revista de Historia de América. Ensayo citado*, págs. 52-58.

bre el designio de favorecer los planes napoleónicos, aunque en ninguna parte aparezca ni la forma de gobierno monárquica ni, mucho menos, se señale el nombre del archiduque Maximiliano. Hay una clara alusión a las finalidades perseguidas por Francia y sin duda conocidas por Prim, a quien se dieron instrucciones verbales sobre el particular que, si no eran de franco entusiasmo, dada la actitud de España para el proyecto monárquico, tampoco debían incluir una censura rotunda y absoluta. "He manifestado anteriormente a V. E. —según las instrucciones— que las potencias aliadas se abstendrán de intervenir en los asuntos interiores de México y dejarán a sus habitantes en completa libertad de elegir la forma de gobierno que tengan por conveniente; pero, aun prometiéndose permanecer apartadas de las luchas de los partidos y de los intereses diversos que allí se agitan, no ocultan su sincero y ardiente deseo de ver terminada la lucha sangrienta, fratricida y sin tregua que hace tantos años diezma la población de aquel desdichado suelo y devora todos los elementos de su prosperidad, y de que se establezca un poder fuerte, legal e ilustrado, con voluntad bastante y medios suficientes para restablecer y conservar el orden interior, organizar la administración, dar protección a los súbditos extranjeros y garantías de su buena fe en la observancia de los tratados, para que los gobiernos con quienes se han ajustado no se vean con frecuencia en la necesidad de recurrir, para exigir su cumplimiento, a medidas costosas y siempre desagradables. España particularmente, por afecto de raza, por razones de política y por motivos de conveniencia recíproca, tendría singular complacencia en que se consolidase en México un gobierno robusto y duradero".

El deseo de ver terminada la "lucha sangrienta y fratricida", el anhelo de que se establezca "un poder fuerte, legal e ilustrado", el gobierno "robusto y duradero",

son claras alusiones a la forma monárquica, mayormente cuando hoy sabemos que la base de la intriga europea, el fin perseguido por Francia, la ilusión de los refugiados mexicanos en Europa y el pensamiento de algunos militares conservadores, no era otro que el de la instauración de una monarquía en México. ¿No se había dicho que el fin de la anarquía, el inicio de una era de paz, el orden y el progreso, empezarían con Maximiliano? ¿No se pensaba, además, que el pueblo mexicano anhelaba una testa coronada, un emperador que llevara al Nuevo Continente las virtudes aristocráticas de una vieja familia reinante? Al margen de estas consideraciones, está claro que en las instrucciones hay una censura para el gobierno de México, al que se califica de ilegal. Y esto, a todas luces, es intervenir.

Calderón Collantes no dejó de recomendar a Prim la más absoluta compenetración con los representantes de las demás potencias: "Todo debe hacerse de común acuerdo..." "En todas sus resoluciones, en todos sus actos procurará conservar la mejor inteligencia y la más perfecta armonía con los jefes de las fuerzas amigas..." Esta insistencia equivalía casi a un presentimiento de desacuerdo o a un temor perfectamente comprensible. Lo de México era el comienzo de una aventura que ningún gobierno podía prever hasta donde llegaría.

Para garantizar la seguridad de unos súbditos, reclamar una deuda y pedir reparaciones por la expulsión de un embajador, no se mandan ejércitos ni escuadras, no se invade un país y no se dan instrucciones precisas de guerra. España y Francia —Inglaterra mantenía su prudencia— no consiguieron engañar ni a sus propios súbditos. Había un marcado y particular interés en hacer la guerra, y esto era todo.

Prim embarcó en el puerto de Cádiz el 25 de noviembre, acompañado de su esposa y de su hijo. Veintiún días

más tarde¹, el "Ulloa" anclaba en San Juan de Puerto Rico, en donde Prim debió experimentar la emoción de los recuerdos. El día 23 llegaba a La Habana, desde donde había de partir la expedición.

El proceder de Serrano había preocupado a Prim, ya que escribió a Ricardo Muñiz desde Puerto Rico una carta en la que se aprecia el máximo recelo: "Está oscuro y huele a queso. Serrano, faltando a las terminantes órdenes del gobierno, ha hecho salir las tropas para Veracruz, mandadas por Gasset; infórmese usted de esto y escriba cuanto sepa y averigüe"². El general Facundo Infante hizo las averiguaciones solicitadas por Prim y de ellas nació la sorprendente revelación de que Serrano había obrado por su cuenta. O'Donnell no había tenido ni la más leve noticia de los preparativos de la expedición a México confiada a Gutiérrez de Rubalcava hasta después de efectuado el desembarco³.

Probablemente Prim no protestó ante el general Serrano por su proceder arbitrario y comprometedor, y le quedó, en cambio, este antecedente para obrar como le pareciera si las circunstancias exigían medidas extraordinarias e imprevistas. Mayormente podría hacerlo él estando como estaba investido de la máxima autoridad: en su persona —rezaba el decreto— se hallaba la doble misión "militar y política" de la empresa.

¹ En algunos textos se prolonga el viaje algunos días más, fechas equivocadas según el testimonio de documentos existentes en la Embajada de España en México y ya citados con anterioridad.

² Es raro que esta carta no figure publicada en la obra de Genaro ESTRADA, *Juan Prim y su labor diplomática en México*, ni en la obra de Emeterio S. SANTOVENIA, *Prim el caudillo estadista*; está transcrita en la biografía del general Serrano, escrita por el marqués de Villaurrutia, de donde sacamos el párrafo transcrito.

³ Véase en el apéndice número 1, un proyecto de nota que, firmado por Gutiérrez de Rubalcava, había de ser dirigido al Presidente de la República de México. (Archivo de la Embajada de España.)

Al llegar a La Habana todo fueron agasajos y fiestas, entusiasmo delirante. Prim debió observar claramente que los arcos de triunfo a él destinados y bajo los cuales pasó, no tenían la misma significación que los que se le habían levantado en Barcelona y en otras poblaciones de la Península. En esta ocasión no se trataba de homenajear al héroe de Castillejos, sino al futuro conquistador de México, al soldado invencible que llegaba al Nuevo Mundo para proseguir sus hazañas inverosímiles y llevar la bandera española hasta el mismo corazón de la antigua Nueva España. La multitud que le aclamaba desde el muelle al palacio, las banderas que en su honor agitaban las manos de los españoles residentes en la isla, las colgaduras de los balcones, los aplausos, los vivas, el delirio, todo hacía comprender a Prim lo que de él se esperaba. La aparatosa cordialidad de la recepción en palacio, la finca de los Molinos que se destinó para alojarlo y que era la residencia campestre de los capitanes generales de Cuba, las insinuaciones, el ansia de conocer sus proyectos, todo hacía evidente al general que la cuestión mexicana había sido desfigurada, y que los militares de la isla, los altos dignatarios del clero, los personajes de la colonia, creían que no se trataba de otra cosa que de una guerra de conquista y que las reparaciones exigidas no constituían más que el pretexto para la acción armada.

No es, pues, de extrañar que Prim exagerara su prudencia desde aquel mismo momento, que se ahorrara declaraciones comprometedoras y no quisiera aventurarse en pronósticos ni adelantarse a los acontecimientos. Cuando el 27 de diciembre llegó a La Habana la grata noticia de que las tropas españolas al mando de Gutiérrez de Rubalcava y Gasset y Mercader se habían apoderado de la fortaleza de San Juan de Ulúa y del puerto de Veracruz, Prim estaba en la capitanía general asistiendo a un banquete que le ofrecía el general Serrano. Los brindis, claro

está, reflejaron el acontecimiento. Prim —prueba evidente de que a pesar de la carta a Ricardo Muñiz no había hablado de la cuestión con Serrano— elogió públicamente la ventaja que se había conseguido gracias a la previsión del capitán general. El duque de la Torre, a su vez, auguró la más grande victoria a las fuerzas españolas mandadas por el genio y la espada del héroe de Castillejos. Todo resultaba burda farsa: la malquerencia subsistía entre los dos generales que veían la cuestión desde puntos de vista diametralmente opuestos.

Los acontecimientos eran lo suficientemente reveladores para que Prim se pusiese en guardia frente a la intriga y a la ingenuidad. Algunos mexicanos acudieron a él en espera de una declaración rotunda, favorable a los planes monárquicos; pero Prim no sólo no alentó a los exiliados reaccionarios, sino que dió a entender que no rechazaría una posible inteligencia con Juárez.

Los planes para la expedición estaban ya decididos, y era completa la inteligencia con los jefes ingleses y franceses que habían de partir para México desde La Habana junto con sus fuerzas. Cuando los navíos españoles —el "Francisco de Asís", el "San Quintín" y el "Ulloa"— zarparon el 2 de enero de 1862 para Veracruz, se abrió ante el general Prim la aventura de más responsabilidad de su vida política y militar. No se trataba ahora, como en la guerra de Africa, de una campaña clara y decisiva, en la que él fuera como soldado a las órdenes del general O'Donnell, sino de una misión delicada y rara, que estaba sujeta a las más extraordinarias circunstancias imprevistas. El carácter de la empresa debía ensombrecer su ánimo, mitigar su belicosidad e imponerle la decisión de no dejarse arrastrar por su historia gloriosa de soldado. Así le vemos, desde un principio, discreto, prudente, trazándose una línea de conducta inflexible, que

labrará su gloria y constituirá uno de los pocos aciertos de la diplomacia española en América durante el siglo XIX.

Los buques españoles, franceses e ingleses anclaron en Veracruz los días 6, 7 y 8 de enero de 1862. Al llegar Prim en la última fecha mencionada, pasó inmediatamente a tierra. Las tropas españolas le rindieron honores y el vecindario le aclamó con tal entusiasmo que el general pensó en una buena disposición del pueblo mexicano para facilitar los planes de las naciones aliadas. Esto —que no dejaba de ser una primera impresión, susceptible de rectificaciones— inspiró sin duda la proclama que dirigió a las tropas españolas apenas se hizo cargo del mando. En ella se hablaba de las discordias intestinas que dividían a los mexicanos y de una probable acción armada.

Por aquellos días había anclado en Veracruz, procedente de Tampico, el vapor inglés "Clyde", con cerca de ciento cincuenta refugiados españoles. Ante la amenaza del populacho y frente a cierta actitud complaciente de las autoridades mexicanas con el proceder del pueblo— habían dispuesto que los súbditos de Isabel II se internasen a muchos kilómetros del litoral—, buscaban refugio en el pueblo jarocho. Que se decidieran a abandonar sus intereses era lo bastante elocuente para comprender cuál era el estado de ánimo del pueblo ante la intromisión española y el buen resultado del manifiesto de Juárez, que, según dijimos, quería señalar a España como responsable única y exclusiva de aquel hecho atentatorio a la soberanía nacional.

Lo de Tampico no era un episodio aislado: desde Alvarado, los españoles pedían protección a las fuerzas de desembarco, que no acudieron en su auxilio. Gutiérrez de Rubalcava y Gasset y Mercader ya habían recibido de La Habana nuevas disposiciones de Serrano —seguramente debidas a la influencia de Prim— y en las cuales se ordenaba a los generales no tomar ninguna iniciativa ni

realizar movimiento alguno hasta que se reunieran las fuerzas aliadas.

Era necesario actuar rápidamente y dar a conocer al pueblo de México cuáles eran las intenciones de España, Francia e Inglaterra, atajando los falsos rumores que se esparcían por el país y repercutían en atropellos contra los súbditos de las tres naciones, que, en su mayor parte, ignoraban las finalidades perseguidas por sus gobiernos. Los más perjudicados resultaban ser los españoles, no sólo por la malquerencia que hacia ellos experimentaban algunos mexicanos desde la independencia —malquerencia acrecentada cuando la guerra civil¹—, sino porque eran los más asequibles al odio popular por su historia y la comunidad lingüística que les unía al pueblo de México.

Ante todo, Prim deseaba armonía con los representantes de las dos potencias que se habían lanzado a la aventura juntamente con España. Si desde La Habana había comunicado a Gasset que enarbolase las banderas de Inglaterra y Francia con la de España en el fuerte de San Juan de Ulúa, ahora, apenas llegado a Veracruz, insistía ante los representantes de Francia e Inglaterra en la necesidad de una reunión urgente. Interin se encerró para redactar la proclama que los representantes habían de dirigir a los mexicanos y un proyecto de nota al gobierno de Juárez. Cuando el 9 de octubre se reunieron por primera vez los delegados de Francia, Inglaterra y España, Prim había ya ganado la iniciativa a los demás enviados: su conocimiento de la lengua castellana, su particular manera de expresarse, la orientación precisa que sobre la cuestión tenía, eran factores que contribuían a su ventaja. Pero por encima de todas sus cualidades brilló la de su previsión, porque fué a esa primera junta con dos textos

¹ Durante este último período, grupos de españoles —verdaderos guerrillas—, con bandera española, habían defendido con las armas la causa de los conservadores contra Juárez.

concretos sobre las finalidades perseguidas en la empresa. No es de extrañar que los representantes de Francia, Jurien de Lagravière, vicealmirante y plenipotenciario especial, y Duboys de Saligny, enviado extraordinario, y los comisionados de la Gran Bretaña, Charles Lenox Wyke, enviado extraordinario y comisario especial, y Hugh Dunlop, jefe de la escuadra, se sintieran dominados por la iniciativa de Prim, a pesar de que el general español estuviera doblemente agobiado por las labores diplomáticas y políticas que recaían en su persona. El proyecto de alocución a los mexicanos presentado por Prim en la primera reunión fué aprobado sin modificaciones de importancia¹; en él se insistía sobre los fines de la empresa: "Los representantes de Inglaterra, Francia y España cumplen un deber sagrado dándoos a conocer sus intenciones desde el instante que han pisado el territorio de la República. La fe de los tratados, quebrantada por diversos gobiernos que se han sucedido entre vosotros; la seguridad individual de nuestros compatriotas amenazada de continuo, han hecho necesaria e indispensable esta expedición. Os engañan los que os hagan creer que detrás de tan justas como legítimas reclamaciones vienen envueltos planes de conquista, de restauraciones y de intervención en vuestra política y administración". Esto resultaba ya de una insistencia casi enojosa, pero era necesario decir a los mexicanos cuáles eran los fines que se perseguían, aunque, en verdad —como iremos viendo—, los representantes franceses no traían las mismas instrucciones de su gobierno que las que recibieron Prim y los ingleses de los suyos. A pesar de ello, y de acuerdo con la convención de Londres, se firmó el manifiesto que iba a ser leído a

¹ Informe del general Prim al secretario de Estado de España, Saturnino Calderón Collantes, fechado en Veracruz en 14 de enero de 1862.

las pocas horas por los habitantes de Veracruz, con gran interés y no menos prevención.

La nota colectiva al gobierno de la República, de la cual Prim había también escrito un esbozo, fué aprobada "con ligeras alteraciones"¹. Apreciamos, pues, la ascendencia que logró tener Prim sobre los demás representantes y que seguramente no dejó de ser mal vista por Jurien de la Gravière y Dubois de Saligny, aunque no pudiesen oponerse de momento a sus iniciativas justas y razonables. Una de ellas era la de trasladar parte de las fuerzas a Tejería y Medellín, cerca de Veracruz, porque ofrecían mejores condiciones de salubridad que el puerto del Golfo; otra, la de acompañar a la nota colectiva al gobierno mexicano la reclamación que de él exigían las tres potencias "intervencionistas"².

El gobierno de México, que se percató rápidamente del predominio de Prim sobre los comisionados de Francia e Inglaterra, inició con buen tacto una política de contempORIZACIONES que había de llegar a un franco éxito. Sin embargo, no dejó —y es curioso que con esta política de doble filo no llegara al fracaso— de instigar al pueblo contra el elemento español, aprovechando la antipatía que para los peninsulares sentían los mexicanos desde los tiempos de la colonia. Al ministro de Relaciones, Manuel Doblado, cabe gran parte del éxito obtenido. "Hombre de un talento *ad hoc* para enredar o desenmarañar a su guisa una madeja política"³, supo llevar las negociaciones

¹ Informe del general Prim al secretario de Estado de España, Saturnino Calderón Collantes, fechado en Veracruz en 14 de enero de 1862.

² Sobre la solicitud hecha al gobierno de México para internar las tropas en territorio de la República, véase el texto (*Apéndice N.º 2*) que, escrito con gran habilidad, fué mandado por Manuel Doblado a los representantes de España, Francia e Inglaterra. (Documento existente en el Archivo de la Embajada de España en México).

³ Justo SIERRA. *Ob. cit.*, pág. 360.

de tal forma que sería injusto atribuir a Prim el éxito completo de la resolución final. Doblado tuvo mucha parte en ella, parte que en muchos textos resulta escamoteada en favor exclusivo de Prim. No caeremos nosotros en tan censurable parcialidad.

Desde un principio apreciamos esta táctica gubernamental. Cuando las fuerzas españolas, francesas e inglesas emprendieron la marcha hacia Tejería, contaban ya con una comunicación del general José López de Uraga, jefe de las fuerzas de Juárez en la zona, en la que —respondiendo a la nota en que se le comunicaba la intención de llegar a Tejería, no con el propósito de hostilizar a las fuerzas mexicanas, sino con el fin de buscar mejores posiciones desde un punto de vista sanitario— se aseguraba que el gobierno mexicano no tenía inconveniente en que se realizase este movimiento de tropas.

Sin embargo, al amanecer el 11 de enero, cuando los ejércitos inician la marcha, los expedicionarios no dejan de percibir numerosas guerrillas que no hostilizan a los invasores, pero que son síntomas de la animadversión del país. Prim, cauteloso, prudente, da orden a la vanguardia de que no haga fuego contra los patriotas mientras mantengan su actitud pacífica. La expedición llega a Tejería sin disparar un tiro, sin una hostilidad franca, aunque en todos los ojos puedan ver la inconformidad y el odio. El propio Prim recibe testimonio de ello por boca de un jefe de guerrilla que ha llegado imprudentemente hasta la población. Prim habla con él; es necesario no desaprovechar aquella oportunidad que le brinda el destino para conocer, aunque sea parcialmente, el sentir de los hombres anónimos, dispuestos al sacrificio y a la lucha. La conversación no resulta muy orientadora: el guerrillero habla del manifiesto al pueblo mexicano lanzado por los expedicionarios, de sus intenciones que cree sinceras, pero afirma también que no deja de sorprender a los mexicanos y de

tenerlos exasperados el hecho de que su bandera no haya sido colocada en Veracruz y en San Juan de Ulúa junto a las enseñas de las tres potencias. El argumento es de buena ley. Si no vienen en son de conquista, ¿por qué prescindir de la enseña de la patria? Prim, seguramente sorprendido por la queja, responde sin mucha fortuna:

“¿Cómo habíamos de enarbolar la bandera mexicana, si se fueron ustedes todos y no quedó quién le hiciera la guardia y los honores debidos?”.

El mismo Prim, al confiar al ministro de Estado este incidente, escribe que el guerrillero pareció calmarse ante esta “ridícula razón, y se retiró”. En esto se equivocaba Prim, pues ni se calmó el guerrillero ni se retiró resignado. Su proceder, de aparente conformismo, no era otra cosa que un hábil recurso: sus fuerzas, y con ellas casi todas las del país, iban a sumarse sin tardanza en el máximo esfuerzo de la resistencia.

Tampoco hacia Medellín encontraron los ejércitos de la triple alianza oposición alguna y, mientras los cuerpos de ingenieros reparaban una maltrecha vía férrea que unía Tejería y Medellín con Veracruz, los plenipotenciarios se reunieron de nuevo para esbozar los planes a seguir en la arriesgada empresa que habían iniciado.

LAS PRIMERAS CONFERENCIAS

Hasta aquí, las reuniones de los representantes aliados habían transcurrido en perfecta armonía: ninguna diferencia profunda hacía presentir el desacuerdo que no tardaría en producirse; pequeños incidentes, como, por ejemplo, la resistencia inglesa a mandar parte de sus tropas hacia Tejería y Medellín, fueron resueltos sin grandes dificultades. Existía un deseo inicial de inteligencia, probablemente emanado de las órdenes de los gobiernos de Francia e Inglaterra a sus representantes —ya hemos visto lo que se encarecía a Prim por parte de España— que facilitaron las operaciones. No hubo tampoco ningún inconveniente al nombrar los emisarios que habían de trasladarse a la capital con la nota colectiva al gobierno de la República, ni en la proposición de solicitar del general Uruga —que contestó favorablemente— una escolta mexicana para que los comisionados pudiesen llegar a la ciudad de México sin contratiempo alguno. La elección de Prim recayó en el brigadier catalán Lorenzo Miláns del Bosch y en el primer comandante José de Argüelles. Se había acordado también, como antes dijimos, que junto a la nota colectiva las tres naciones presentarían al gobierno de México sus reclamaciones respectivas. Todo parecía muy conforme a las instrucciones, cuando Prim, receloso por ciertos antecedentes de la intriga francesa —y probablemente obrando bajo el estímulo de una carta que recibió en Veracruz de su paisano el marqués de Guad-El-Jelú, en la que se leía, como una adver-